las ideas de usted y con todas las raíces de su corazón; si no temiese hacerle derramar sangre, tocándole en él, rogaría á usted que me explicase este misterio, contándome un poco de su vida.

ÉL. — ¿Qué quiere usted que le cuente, señor? Nosotros no tenemos vida; no tenemos más que nuestro oficio y un poco de pan que ganar. Un martillazo suena lo mismo que otro, un pedazo de pan tiene el gusto que los demás. ¿Que hay en esto que puede interesar á usted?

YO. — Es verdad; el oficio de usted es uniforme y su pan está amasado con la misma masa. Usted no tiene aventuras, pero tiene un corazón y un alma. De la historia de su corazón y de su alma, es de la que quisiera saber alguna cosa, á fin de comprender, cómo usted, con el tiempo, se ha vuelto tan compasivo por los afligidos, á fin de glorificar á Dios en la simplicidad de su alma oscura como en la sublimidad de un gran genio.

ÉL. — Pues bien, señor, puesto que es para alabar á Dios, no tengo nada que rehusar á usted en su nombre; se lo diré á usted todo: no ha de ser mucho más largo que lo que se tarde en ver al sol atravesar el valle é ir desde el campanario de Saint-Point á las copas de los abetos plantados por usted en lo más alto de su monte.

CAPÍTULO VI

I

Detúvose Claudio un momento como reuniendo sus recuerdos, con los ojos dirigidos hacia el cielo, por encima de la cruz negra, y en seguida me dijo casi literalmente lo que sigue:

II

Nuestra choza era la que estaba por encima de la en que yo vivo hoy, que formaba entonces parte de aquélla como establo. Me dirá usted, « ¿por qué no ha vuelto usted á levantar la casa y se acuesta en el colgadizo, que es húmedo y oscuro como una cueva? » Voy á confesárselo á usted, señor: es que para levantar las habitaciones sobre la roca, para hacer de nuevo las paredes, para rehacer el piso y el techo, habría tenido que cortar y arrancar la hiedra que se ha

mezclado desde la desgracia de nuestra familia, con las piedras, las vigas y los tirantes y que se encuentra muy bien donde está. Cuando á mi vuelta vi como estaba, me pareció la hermosa hiedra como un manto que la amistad hubiera echado sobre las ruinas de nuestra felicidad, y me propuse no tocarla; hay bastante sitio para los dos ahora en esta roca. Dejéle lo alto, yo tomé lo bajo y los mirlos continuaron anidando y silbando tranquilos en sus ramas. Así como lo he dicho lo pensé. Un pobre hombre solo se adhiere á todo y ama todo lo que le ama.

III

Mi padre se llamó Benito la Hutte: jamás he sabido el nombre de familia de mi madre; se la llamaba *la madre*. Eran hermanos, cuñados, tíos y sobrinos de todos los que vivían en las demás cabañas, cuyos escombros ha visto usted amontonados, á los cuales pertenecían los pequeños huertos de retama y valdíos que suben hacia nuestra casa. El hueco de la garganta, la pendiente de la montaña, los brezos, la retama y el cercado donde estamos, fueron siempre propiedad común de

las tres casas de cercanos parientes. Cada cual tomaba un campo ó el otro, y le cultivaba para cosechar centeno ó patatas para el año. Los animales pacían donde querían, en común. Cuando llegaba la estación de sacudir las castañas, los hombres y los muchachos subían á los árboles, las mujeres y las muchachas se quedaban abajo para reunir las castañas. Se hacían tres sacos de la recolección, más ó menos iguales, según el número de familia de cada casa, y cada cual tomaba el suyo. Así es señor, como se vivía en las Huttes.

Uno de los tres primos, padre de una de las familias, que era recovero, iba á vender y á comprar castañas y ciruelas por las aldeas y ferias. Otro era amolador; después de la cosecha partía con su muela de asperón á la espalda dispuesta en cuatro delgados montantes de chopo y con su manivela de hierro. Iba á afilar las podaderas, hoces y cuchillos delante de las casas durante el otoño y el invierno. Los parroquianos le daban de comer y un sitio en el granero, y volvía con algunos cuartos en su bolsa de cuero en la época en que se derrite la nieve. En cuanto á mi padre, para ayudar á nuestra madre á vivir y á vestirnos, iba como yo á sacar ó labrar piedras á las canteras de los caseríos de Saint-

Point. Volvía todas las tardes para cenar con la madre y con nosotros sus hijos; pues amaba tanto su mujer y su casa que decia : « Nunca podría yo ser recovero como Bautista ó amolador como Francisco, porque cuando no veo desde la cantera en que trabajo el techo de la cabaña que humea cuando mi mujer pone un haz en el fuego, el tiempo se me hace muy largo y el mundo me parece demasiado grande. » ¡Ah! era un buen hombre y un padre tan cariñoso, aun cuando continuamente manejaba el pico y las piedras, que por la noche cuando nos sentaba á mi hermano, mi hermana y yo sobre su delantal de cuero, queríamos tanto este delantal como el de nuestra madre.

IV

Precisamente por la excesiva bondad de nuestro padre, sucedió una desgracia en la casa. Un dia, mi hermano, que tenía un año más que yo, habia bajado á la cantera. Era en otoño y hacía frio. El pobre muchacho había encendido unas cuantas ramas de helechos secos para calentar sus manecitas á la llama. Mi padre le dijo : « Ten cuidado, Graciano, de no tocar á un polvo

negro que está ahí en un papel en mi morral; salta á los ojos cuando se le aproxima el fuego. » Pero el pobre muchacho, que nunca habia sido reprendido, quiso ver como aquel polvo negro saltaba á los ojos. Cogió un puñado mientras que mi padre ocupado con su obra no fijaba la atención en su hijo y lo echó en la lumbre; la pólvora hizo una gran llama y le cegó. Desde entonces Graciano no vió más para marchar por sí solo. Sus ojos estaban claros y hermosos como siempre. La pólvora no le habia quemado más que la vista. No hubiera usted dicho que era ciego, pero no veía sino el sol fuera y el fuego en casa. Fué una gran desgracia para las Huttes. Todo el mundo vino á llorar con mi madre. El niño tenía siete años y ya no podía andar por sí solo. Estaba constantemente agarrado al delantal de nuestra madre, á la mano de mi padre ó á la mía. Nuestro padre tuvo tanta pena por haber sido causa de la desgracia, se angustió tanto, que murió en el invierno siguiente.

V

Con dificultad podía mi madre mantenernos, por más que aun era joven y trabajadora, ha-

ciendo tanta labor como un hombre, con el azadón, la podadera ó el rastrillo. Pero yo, mi hermano ciego, una hermanita de pecho y una mujer de treinta años, aunque sobrios, eran muchos dientes alrededor de un pan. Todo esto me daba mucha pena, viendo á la pobre mujer cortar los haces, llevarlos á cuestas á la casa; escardar el centeno, segar los prados, atar las gavillas, trillarlas; amasar el pan, encender el fuego, hacer la comida, llevar á Graciano de la mano y dar además el pecho á la pequeñita. Añada usted que por este tiempo, para colmo de miserias, la fiebre hizo presa en las Huttes y se llevó al amolador, á su mujer y á sus hijos. No quedó en su casa sino una de sus hijas, de la misma edad poco más ó menos que yo, que se llamaba Dionisia. El recovero, asustado por la enfermedad que había asolado las Huttes, demolió su casa para llevar las tablas y las tejas y construir una habitación con una tienda cerca de la iglesia, á la orilla del camino del pueblo donde el comercio era más activo. No se podía dejar á una niña de once á doce años completamente sola en el hogar de sus padres muertos. Mi madre fué á buscarla y la trajo á casa con nosotros. La casa vacía del afilador se convirtió en morada de golondrinas y lagartos. De invierno en invierno se

fué derrumbando como usted ha visto. Dionisia solamente iba á ella algunas veces, los domingos de estío, á sentarse bajo el membrillero ó á coger los granos rojos del acebo, que llamaba los collares de su madre y á llorar junto al umbral de la puerta por donde nadie entraba ni salía. Graciano la seguía siempre porque mi madre decía á Dionisia : « ten cuidado del cieguecito mientras que yo estoy en el campo, no vaya á caerse en el abismo. » Y los dos niños no se separaban.

VI

Sentíame yo ya valeroso y fuerte y me daba vergüenza ver tanto trabajo, tanta miseria y tantas bocas en la casa y dije á mi madre : « el campo de centeno está mal, los castaños no tienen castañas este año; déme usted las herramientas de mi padre. » Me las dió llorando por volverlas á ver. Bajé á las cabañas y dije : « ¿Quién quiere que saque piedra para él? Trabajaré sólo por el alimento. » Algunos me contestaron : « Ve á la cantera y veremos si ganas tu comida. » Comencé á trabajar. Á fin de prolongar mis jornadas, dormía bajo algunas tablas que me habian prestado para andamios ó bien

en la caballeriza ó establo. No subia á las Huttes más que los sábados por la noche y llevaba á mi madre las pocas monedas de cobre que habia ganado y el poco pan que había ahorrado en la semana. Mi madre me abrazaba y me decia: « Qué desgracia que no tengas el brazo, porque tienes el corazón de tu padre. » Iba al campo con Dionisia y Graciano, mientras ella mecía á nuestra hermana ó hacia las tortas de trigo para comer el domingo. Esto duró como tres ó cuatro años. Me hice fuerte y las piedras me obedecian como pies de heno. Ya no me contentaba con sacarlas de las canteras para las paredes; comencé á labrarlas á mi capricho, para las puertas y para las ventanas, y aun algunas veces esculpía á manera de bajo relieve, una rosa ó un tulipán con sus tallos y sus hojas abiertas, una gallina, un gallo, un gato ó un perro, según que la piedra se destinaba al jardin, al establo, al gallinero, al patio ó á las habitaciones de la casa. El hambre, señor, es un buen maestro, y sobre todo el hambre de una madre, de los hermanos y de las hermanas. Yo nunca tuve otro y, sin embargo, si usted va á ver aquí ó allá, en cualquier parte del país y pregunta: « ¿Quién ha labrado esta puerta de granja ó esta entrada de palomar? » « El pequeño Claudio, con su cincel y su mallete le di-

rán. » Labraba también bancos de piedra para que se sentaran las viejas y los chicos al lado de las puertas de las cabañas, en los cuales ponía el nombre del padre de la familia: ó bien pilas de asperón para que bebiera el ganado cerca de las fuentes, y dibujaba en ellas una cabeza de buey con sus grandes ojos y sus cuernos que parecían salir de la pila después de haber bebido.

Todo esto, señor, me había dado alguna fama en la montaña y aun cuando yo no tenía más que diez y siete años, me habría ganado suficientemente mi vida tan sólo con la piedra. Pero en las épocas de la siembra, de la siega y de la trilla de las cebadas, subía y hacía los trabajos más duros ayudado por mi madre y Dionisia.

VII

Aquellos eran mis días de fiesta: ¡quería tanto á mi madre! ¡tanto á mi pobre hermano ciego! ¡quería tanto también á Dionisia! ¿Y cómo no quererla, señor? Era como verdadera hija de la casa, como la hija obediente de mi madre. Hacía todos los servicios que una buena sirviente ó que una obrera habría hecho en la

choza por un salario. Pero ¡bah! no se podía hablarla de salario. Cuando mi madre la hablaba alguna vez: « ¿No es un buen salario vuestro cariño? respondía la joven huérfana. ¿Quién me ha dado un abrigo, una madre y dos hermanos en la montaña? ¿No es un salario tener un sitio en vuestro hogar, una escudilla en vuestra mesa, sin hablar de los cuidados que ha tenido usted conmigo antes de que yo fuere bastante grande para poder ser útil en su casa? » Y si mi madre insistía, se iba á llorar detrás de los chaparrales de la huerta. Entonces mi madre y Graciano iban á consolarla y la decían: « Vamos, haz como el corazón te dicte Dionisia, y puesto que quieres perder tu juventud y quedarte con gentes pobres como nosotros, está bien, quédate. » Y ya no se hablaba más del asunto.

VIII

Pasados tres ó cuatro años se hizo la moza más guapa de la montaña; cuando mi madre la llevaba dos ó tres veces al año en los días de fiesta á ver á sus primas las hijas del recovero, al pueblo, todas las muchachas y todos los mu-

chachos que la veían pasar se decían: « es lástima que esto crezca á la sombra y que no vea nunca el sol, como los *ojos azules* (las vincapervincas) bajo los chaparrales. » Pero ella no oía estos cumplimientos que se hacían por lo bajo; no tenía vanidad, como las hijas de las casas ricas; ni aun sabía si era fea ó bonita. Marchaba con la cabeza baja y los brazos colgando, con los ojos fijos en los pasos de mi madre, y cuando alguien le dirigía una palabra se enrojecía, como una cereza, sin saber por qué y su piel temblaba como el agua dormida cuando el viento viene á correr por encima.

Excepto para nuestra madre y para Graciano á quienes no temía, era tan esquiva y tan asustadiza como los cabritillos cuando juegan al lado de nuestros tréboles por la mañana y sienten en el bosque el ruido del rocío que cae de las hojas. Hasta conmigo, señor, era algo arisca porque no me veía todos los días como á ellos los veía. Sin embargo, estábamos juntos como hermano y hermana; pero siempre había un poco de diferencia en el metal de su voz cuando me hablaba y en su mirada cuando me veía; su voz temblaba un poco en su garganta y su vista se inclinaba un poco más sobre sus desnudos pies. Parecía

que delante de los demás se sentía niña, pero que delante de mí se sentía hermosa.

IX

¡Ah! Es que efectivamente era así y que de mes en mes ganaba más en hermosura, por más que las aguas de la fuente á donde iba á sacar agua, fuesen el único espejo donde se habia visto. Había que verla los domingos por la mañana cuando mi madre, sentada al sol naciente sobre el quicio de la puerta, la hacía sentar á su lado á sus pies para peinarle sus largos cabellos, tan lucientes como la corteza de las castañas cuando han salido frescas de su envoltura de espinas; echaba sus dos brazos sobre las rodillas de mi madre y recostaba su cara medio vuelta sobre sus brazos desnudos que salían de su camisa de gruesa tela. Su rostro se ocultaba todo entre sus cabellos esparcidos como las barbas de maíz sobre la madura mazorca. Parecía una madeja mal devanada ó un vellón oscuro de cordero que se acaba de lavar en la fuente. No se sabía donde estaba su boca y su frente. Pero si una bocanada de viento venía á soplar y á entreabrir ligera-

mente esta fina tela, se veían, primero su boca rosada, después sus mejillas un poco pálidas, luego sus grandes ojos azules bañados por el sol, que miraban con una mirada tan clara y tan dulce el rostro de la madre, que de haber sido su hija no habría podido mirarla de otro modo. Esto nos hacía reir á mi madre y á mí y lamentábamos entre nosotros mismos que el pobre Graciano no pudiese reir de lo que nos hacia reir y ver lo que veíamos en estos momentos. Decíame : « ¿Cómo está ella? ¿Qué hace la madre y Dionisia que os hace reir? » Y yo le decía: « Está sentada, recostada y un poco de lado, tiene la cabeza sobre el delantal, el rostro oculto con sus manos, los ojos tapados por sus cabellos, el viento los levanta como un puñado de hojas muertas; el acebo ha dejado caer uno de sus racimos rojos sobre su boca. » Y esto divertía al pobre niño. Y cuando Dionisia había concluído de aviarse y se ponía sus zapatos y su traje de lana negra, íbamos los tres á pasearnos á las cebadas, á coger amapolas ó bien á sentarnos con las piernas colgando bajo los castaños al lado del torrente donde el agua solloza; porque agradaba al niño ciego oir á lo menos cantar al agua, caer las castañas olvidadas en las ramas sobre la hierba al soplo cálido del viento de primavera, ó

volar los mirlos que silbando le rozaban su rostro con el viento de sus alas.

X

Mas yo la encontraba igualmente agraciada los dias de trabajo sin su traje de los domingos, ni sus zapatos de verano, ni sus zuecos de invierno, ni sus cabellos alisados y bien levantados por detrás de su cuello con una cinta de terciopelo rojo; con anguarina de lana de cordero negro, tejida por ella durante el invierno con la lanzadera, ajustada á su talle por un broche de cuerno y que le caía en grandes pliegues hasta los tobillos; con su camisa de cáñamo con mangas cortas, levantadas hasta los codos, hueca en el pecho y atada por bajo de la barba con dos cordones anudados sobre el seno; con sus cabellos colgando, unas veces sobre un hombro, otras sobre otro; con sus pies desnudos algunas veces, amoratados por el frio, frecuentemente empolvados por la arena, y casi siempre lavados por el rocío de las hierbas; con sus ojos bajos, con la sombra de sus largas pestañas sobre la piel; con su rostro serio, pero con los labios siempre dispuestos á abrirse para dejar lucir sus bonitos

dientes, pequeños, blancos y alineados como los primeros dientes de los cabritos. Unas veces con el mango del azadón al hombro, otras con un jarro de barro sobre la cabeza, llevando la leche de las cabras á la casa; otras con los dos brazos extendidos y levantados por encima de su cabeza para sostener un haz de hierba más grande que ella, que acababa de escardar en el trigo y en las viñas; y del cual las flores amarillas, rojas ó azuladas, y los filamentos que se escapaban de las ligaduras, le caían sobre la frente ocultándola hasta los ojos. Otras veces con una rodilla en tierra delante de la casa, cogiendo á los corderos con una mano, mientras que con la otra les daba á lamer sal para entretenerlos; en fin, cualquier cosa que hiciese, no se podía separar de ella la vista. Pero cuando yo la quería más, señor, era cuando íbamos á las retamas de la montaña para cortar haces para el invierno, que mi madre le ponía uno sobre las espaldas, tamaño como un tronco de cerezo con todas sus hojas y todas sus flores en sus extremos, para bajarlo hasta la casa. Hubiera usted creido, viendo el rostro de la joven, inclinado bajo el peso del largo ramaje que barría la tierra á diez pasos detrás de ella, haciendo ruido y sembrando las ramas que se caían sobre su rastro, que un hada se había levantado de la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

tierra de repente y llevaba el tapiz del campo en que había dormido aquella noche; ó bien habría usted creído ver uno de esos hermosos pavos reales que tiene usted en su jardín, con rostro de mujer, arrastrando y desarrollando al sol una larga cola verde con sus ojos azules y amarillos que iba dejando detrás de sí sembrados en el camino.

XI

Hermosísima era también en el invierno, al encender los haces por la noche, durante la velada, en el hogar, arrodillada delante del morillo de cobre, cuando la llama de las retamas, coloreando de pronto su rostro pálido, volvía sus mejillas rosadas y transparentes, y se veía la llama al través de tal modo, que parecían brillarle los ojos como un carbón.

Pero lo que agradaba en ella, señor, no era tanto esta belleza que lucía en todo su rostro y en todo su cuerpo, como su dulzura, su obediencia, su complacencia para con todo el mundo y su timidez, que la hacían esclava voluntaria de todos los que tenían un servicio que pedirla en casa ó en el campo. Todos la queríamos, señor,

pero los animales la amaban tanto como nosotros, por lo menos.

Era cosa de ver, cuando abría la puerta por la mañana para ir á la fuente, las gallinas, las palomas, hasta los gorriones y las golondrinas, alegrarse, sacudir sus plumas, lanzarse unos desde el techo, otras desde las ramas de los árboles, aquellos desde los palos del gallinero, los otros desde el palomar, para volar alrededor de ella, como si no hubieran reconocido la luz del día hasta que la veían. Era de ver sobre todo, los carneros y las cabras, los corderos y los cabritos, salir del establo cuando levantaba el picaporte, apoyar sus cabezas y sus cuernos en su delantal, disputándose una caricia de sus manos, una palabra de su boca, un rizo de sus cabellos que lamer ó morder, aun antes de pensar en desparramarse por los brezos. Cuando estaban muy lejos y solos sobre la cresta con el perro, nos gustaba llamarlos y no venían, pero si oían la voz de ella, les habría usted visto dejar las ramas de escaramujo, de serpol ó de trébol en flor, y precipitarse bajando desde la montaña como bolas de nieve que se hubieran desprendido de lo alto.

XII

El que de todos más la apreciaba por entonces y al que ella parecía querer más á causa de su desgracia, era mi hermano Graciano. Desde que mi madre había recogido á Dionisia en la casa, el pobre niño no se había separado de su lado como si Dios le hubiese dado la luz con ella. Dionisia por su parte, por consecuencia de esa ternura de que su corazón estaba dotado, se había unido á él completamente, para darle con su compañía los cuidados que continuamente necesitaba. Era, aunque joven, como esas madres de muchos niños, que parecen no tener corazón y ojos, sino para el más débil y el más enfermo. Es ésta una bondad de Dios que constantemente pone un contrapeso de bien, allí donde ha puesto un peso de mal. Mi madre había dicho á Dionisia cuando la llevó á casa: « Tendrás cuidado de tu primo el ciego, le distraerás en casa, le llevarás al campo contigo, le enseñarás el nombre de los animales, le indicarás el sendero cuando se engañe de camino, le pondrás en su surco cuando quiera cavar ó escardar en el cercado con nosotros é irás á buscarle un puñado de cáñamo

al granero cuando haya concluido de cardar el suyo. » Dionisia había hecho lo que la habían mandado, primero, cuando joven, por obediencia, y después cuando era mayor, por bondad natural. Parecían él y ella dos gemelos que no se hubieran separado nunca desde el vientre de su madre.

XIII

Graciano no podía pasarse sin ella ni ella sin él. Cuando ella salía por la mañana á medio vestir para ordeñar las ovejas y las cabras, salía él en seguida y se sentaba en el banco de piedra que yo había labrado entreteniéndome los domingos, en el pedazo de roca gris al lado de la puerta. La decía: « ¿Dionisia, qué es lo que se ve en el cielo y en el valle? ¿Hay neblina en los prados de Bourg-Villain? ¿Están cerradas las ventanas del balcón grande del castillo de Saint-Point? Ó bien: ¿Se ve ahora al señor que pasea por las alamedas con un libro en la mano, como antiguamente cuando yo veía claro? ¿Hay vacas blancas y gordas en los prados inclinados detrás de las huertas? ¿Hay nubes rosas ó grises alrededor del sol? ¿Hay humo azulado que sube de

los techos de las casas y se dispersa sobre los campos llenos de hierba como el vuelo de las palomas impulsadas por el viento? ¿Están en flor las malvas y los gordolobos? ¿Han cuajado las cerezas en los guindos? ¿Se han escarchado esta noche los ciruelos bajo los matorrales? ¿Tienen los avellanos sus frutos peludos como el dorso de las orugas verdes? ¿Las lilas han abierto sus racimos, colgando de sus ramas como las uvas en flor? ¿Tienen los corderos todos sus dientes y principian á dejar las madres y á ramonear la hierba tierna? Dime si el último cabrito tiene manchas negras á los dos lados de los ojos, como su madre tenía en mi tiempo, y si principia á quitar la corteza de los sauces nuevos con sus pitones. »

XIV

Y Dionisia no dejaba de responder á todo esto, *sí* y *no*, *sí* y *pero*, y siempre con la mejor voluntad en la voz y en el sentido de sus palabras, y de añadir todos los pequeños detalles de las formas de los objetos y de la luz en el cielo, de los colores de la montaña y del carácter de los animales que creía que podrían interesar al niño. Después

aparentaba tener siempre necesidad de él para algo y le empleaba continuamente en esto ó en lo otro, en su trabajo. Unas veces le hacía agarrar las cabras por los cuernos, mientras ella las ordeñaba; otras, los carneros echados en tierra, mientras esquilaba su lana; otras, las cestas bajo los castaños, mientras recogía las castañas caídas, vareadas ó tiradas por el viento; otras, en fin, su azadón, su escardillo y su rastrillo, mientras que subía á los prados delante de él hilando su rueca y guiándole con la voz ó con la mano para que no equivocase el puente de madera ó el vado del arroyo.

Le ponía entonces la punta de su delantal en la mano, como una verdadera madre hace con sus hijitos antes que marchen solos. En la época de trabajar la tierra, antes de la siembra, le daba un azadón y le ponía por la parte baja del campo al lado de ella para que creyese que también trabajaba con los demás. Y cuando él iba demasiado á la derecha ó demasiado á la izquierda en su surco, le cogía suavemente por el codo y le ponía en fila con los otros. Y si esta parte del campo estaba mal trabajada, si él dejaba involuntariamente algunas hierbas ó piedras, no le decía nada para no afligirle y al día siguiente repasaba por sí misma la obra de mi hermano.

Por el contrario, en vez de decirle que su trabajo no servía para nada, le animaba como si hubiera sido un buen obrero y le decía : « Entre tu obra y la mía no hay diferencia, Graciano. » Y no mentía, señor, porque el trabajo de los dos era ella la que lo hacía.

XV

Tenía cuidado siempre, ya fuese en el campo, ya en la casa, de estar cerca de él para ayudarle en todas las cosas; cortarle el pan, sostenerle la taza, llenarle el vaso y hacerle un sitio en el banco. Cuando estaba sola con él, se hubiera dicho, señor, que pensaba en darle la mitad de su vida. No había una lagartija en su agujero, una golondrina en su nido, una hoja de parra en la pared, una mosca en la vidriera, un insecto en la hoja, una chispa en el hogar, de que ella no le hablase, á fin de que el tiempo no le fuese muy largo al pobre afligido y que él no creyese ver verdaderamente por sus propios ojos en su interior, así como ella se lo hacía ver en el exterior por su voz. Así es que no se percibía verdaderamente de lo ciego que era, mientras ella estaba á su lado y lo estaba todo el día; ni aun su vista,

señor, estaba perdida, porque ella había traspasado la suya á él. Ella era sus ojos, era sus sentidos, viendo y viviendo en otro ser que él y tan querido, más querido quizás que hubiera sido en él mismo. Así es que estoy seguro que si se le hubiera dicho : « ¿Qué prefieres, Graciano, que se te devuelva la vista ó que te separen de Dionisia? » Habría respondido : « Quedaos con mi vista, prefiero ver por ella á ver por mí. Veo bien y además tengo su voz y su compañía. »

XVI

Así era también cosa de ver cómo la voz de Dionisia le hacia ir, venir, volverse, levantarse, bajarse, sentarse, marchar, seguir ó detenerse, como movido por un resorte interior que hubiese recibido su impulso del mismo dedo en ella y él. Y hay que ser justo, señor ; la costumbre de hablar amigable y dulcemente, con complacencia, á este desgraciado había dado á la voz de Dionisia, desde su infancia, un sonido, una amistad, una ternura, un temblor suave y que resonaba en el corazón como nunca he oido otra voz de joven ó de mujer durante mi vida. Era como el tañido alegre y triste á la vez de la campana

de Saint-Point, cuando concluye su repique en el bautizo de los niños, que se pierde subiendo desde el fondo del valle, y haciendo temblar ligeramente las hojas de fresno, hasta aquí.

Aun la campana de la iglesia no tiene corazón en el fondo de su música; pero en el fondo de cada palabra de Dionisia había como un latido sonoro de su corazón, que vivía, que sentía y que cantaba en la voz. Creo que los ángeles de la guarda, de que hablan en los lugares, no han de tener unas palabras como éstas cuando hablan á los niños dormidos en sus cunas, ó á los pobres moribundos en sus últimos sueños á las puertas del paraíso.

XVII

En ocasiones, Graciano, después que ella le había dicho como eran todas las cosas que había alrededor de ella y de él y de reflexionar sobre los objetos que le había descrito, decía á Dionisia: « Pero tú, Dionisia, dime como eres ahora. Yo bien te recuerdo cuando tenía vista y venías, agarrada del delantal de tu madre, á llevar la cena á tu padre que amolaba los azadones, las hoces y las podaderas delante de las casas. Pero desde entonces no sé cómo te has hecho, y fuera de tu

voz y de tu mano suave, no conozco nada de tu rostro en la actualidad. Quisiera figurármelo y esto me atormenta la imaginación, porque no te veo como te oigo; en cuanto á ver lo demás, me es igual, lo veo bastante bien por tus ojos. »

Y entonces, señor, para chancear y contrariarle un poco pasando el tiempo, le decía Dionisia: « Tengo los cabellos rojos como el pelo de la ardilla que hemos cogido en su nido en el abetillo cuando yo era pequeña. No tengo los ojos más grandes que las florecillas que miran bajo la hierba en los matorrales; son grises y oscuros como el agua del torrente cuando está á la sombra, y las hojas muertas principian á caer en él. Tengo el cutis marcado con pecas y tostado por el sol. Tengo esto, y lo otro y lo de más allá, » hasta hacer de ella una fea imagen al pobre muchacho, poniéndose las manos en los labios para que no la oyese reir.

Mas él decía: « Eso no es posible, tú eres una mentirosa. Tu voz y el cutis de tus manos no dicen eso de tu rostro. Tú me quieres engañar y reirte, Dionisia, eso no está bien; tú sabes que no se debe hacer burla de los ciegos porque no pueden ver si lo que se dice es verdad ó mentira. » Después volviéndose hacia el lado donde yo estaba y oyendo reir á la joven, exclamaba:

« Dime, Claudio ¿cómo es? » Y entonces yo le decía : « Tiene los cabellos del color de las hojas secas cuando el viento las hace reflejar en el extremo de las ramas en el mes de octubre, después de las heladas; tiene los ojos brillantes como las vidrieras del castillo, cuando el sol de la mañana las atraviesa para entrar en las habitaciones llenas de cosas que relucen y que no se pueden mirar sin encandilarse; tiene el cutis fino, bermejo y cambiante como las manzanas del estío, que nuestro tío el recovero llevaba á vender á los pueblos y que recogíamos para jugar en su puerta cuando rodaban de algunas de sus canastas. Es alta como la puerta de la casa, bajo la cual tiene necesidad de bajar la cabeza cuando entra y sale al trabajo. Tiene los pies y las manos tan lindos y tan blancos como los guijarros de nuestra fuente; marcha con los pies desnudos tan gallarda y tan graciosamente como una señora que atraviesa una iglesia con hermosos zapatos. Tiene el cuello esbelto, redondo y moviéndose como el de las palomas cuando se picotean las alas en el tejado. Tiene los labios como hojas de clavel, y los dientes como pepitas de manzanas antes de haber madurado. Tiene el aire bondadoso como nuestra madre, y es fiel como nuestro perro cuando nos mira. »

Poníase entonces ella colorada de rubor ó de placer, señor, sin saber por qué : por vanidad no sería porque tenía menos que un pájaro que se peina al sol para hacer relucir sus plumas; y ocultaba el rostro entre sus manos para reir. Y Graciano la decía : « Pícara, ¿por qué quieres engañarme? Eso no me incomodaría, porque yo quisiera que fueras muy fea para que los muchachos de Saint-Point no te mirasen cuando vas á la fiesta, y así no te marcharías de las Huttes para casarte cualquier día por allá. »

Y poníase serio el pobre ciego, y los tres hablábamos de otra cosa.